

Las Religiosas Agustinas del Hotel-Dieu de París

Trece siglos al servicio de los enfermos

Por
TEÓFILO APARICIO LÓPEZ

1. *Razón de este artículo*

En el verano de 1977 me dirigía yo a París para consultar unos documentos en su Biblioteca Nacional. Con tal motivo, de antemano, me dirigí a la M. General de las Agustinas del Hotel-Dieu, exponiéndole el porqué de aquel viaje y mis deseos de hospedarme en aquel gran centro sanitario, si había lugar y no se me ponían inconvenientes.

Efectivamente; no sólo tuve suerte, sino recibimiento cordial y fraternal. Después, sobre mi mesa de estudio, había un breve folleto ilustrado, con el título de «Les Religieuses Augustines Hospitalieres de L'Hotel-Dieu de Paris» (651-1957).

Se trataba de una obrita de divulgación, bellamente impresa, con fines vocacionales y de dar a conocer la labor de aquellas magníficas religiosas-enfermeras-agustinas, y cuya primera página comenzaba preguntando: «¿qué es una agustina del Hotel-Dieu?». Para responder, a renglón seguido: «La voz del pueblo dice: Es una madre».

Seguía luego con la pequeña historia que arrancaba del año 651, fecha en que San Landry, obispo de París, construía cerca de su obispado un establecimiento destinado a sacerdotes enfermos.

No lejos de allí vivían —¿desde cuándo?...— unas monjas que cuidaban:

de las ropas de la iglesia. El sucesor de San Landry, Chadobert de nombre, les confió el cuidado del hospital que puso bajo la advocación de San Cristóbal.

Aquella lectura y aquella breve historia picó mi curiosidad y pedí más datos sobre el mismo tema, si existían. Al día siguiente la bondadosa hermana que me atendía me llevó el libro titulado «*Les Religieuses Augustines de L'Hotel-Dieu de Paris (VII au XX siècle)*», y que tenía por autor al P.A. Tenneson, S.J. La obra estaba editada en París el año 1953, y la copia que yo manejaba hacía la octava edición, enteramente refundida ¹.

Esta obra, que es breve, pues no consta de más de 145 páginas en cuarto, lleva un prólogo de Miguel Riquet, también jesuita, en que se refiere al bimilenario de París; y cómo, mientras las espaciosas naves de «Notre-Dame» veían desfilar un cortejo evocador de muchos siglos de historia, las Agustinas del Hotel-Dieu celebraban su décimo tercer centenario de fundación por el citado obispo San Landry, hacia el año 650, renovando los votos y su profesión solemne que, después de 1.300 años, les seguía ligando al servicio de los enfermos de París.

¡Se dice bien trece siglos al servicio de los enfermos de París! Sin duda que éste es el mejor testimonio de la admirable paradoja de nuestro cristianismo, conservador de las tradiciones más antiguas y promotor, al mismo tiempo, de las más audaces innovaciones.

Durante 1.300 años la fe cristiana y el ejemplo de Cristo inspiraron a estas Agustinas del Hotel-Dieu el ser verdaderas hermanas para los pobres enfermos, haciendo profesión de servirles todos los días de su vida y «tratarlos benignamente como a señores de la casa».

Todo ello me fue animando a leer e ir tomando algunas notas de la excelente monografía del P. Tenneson que nos revela a Dios presente en la vida y en la historia del citado centro hospitalario, famosísimo en toda Francia. Maravillosa historia, sólidamente enraizada en los hechos e indisolublemente ligada a la vida entera de París, a sus glorias y sus miserias, a todo su destino en el acontecer de la dulce Francia: el París medieval del santo rey Luis IX; el París moderno de Francisco I; el París del «grand siècle» francés con Luis XIV y personajes de la categoría de Vicente de Paúl, las Damas de la Caridad y Luisa de Marillac, Genoveva Bouquet, el canónigo Legendre y la Madre San Anselmo...

Así, caminando por la vida y la historia de la capital de Francia, única en el mundo, la Congregación de Agustinas Hospitalarias, ofreciéndose día a día al Señor en favor de los enfermos.

Por fortuna, cerca de mi habitación había una pequeña biblioteca con libros viejos sobre la Congregación y la historia del Hospital. Los tiempos de ocio veraniegos dan mucho de sí cuando uno los quiere aprovechar en la lectu-

1. En adelante, siempre que nos refiramos a este libro remitiremos al lector a esta edición que es la seguida por nosotros y a este título completo: TENNESON, A., *Les Religieuses Augustines de L'Hotel-Dieu de Paris*, (VII au XX siècle), Paris 1953.

ra serenada. Traté de no perder aquellas deliciosas horas que me deparaba la Providencia; horas y días del mes de agosto de 1977. Y como fruto de aquellas lecturas, aquí está en síntesis la historia del *Hotel-Dieu*.

2. *El Instituto desde sus orígenes al siglo XVII*

a.- *Orígenes oscuros.*

La historia de las religiosas del Hotel-Dieu se remonta casi a los mismos días en que se puede hablar de París. Porque si la ciudad de Lyon puede gloriarse de haber fundado el primer hospital, del que ya habla el Concilio de Orleáns, por el año 549, París, la bimilenaria París, posee ya desde el 651, en tiempos del rey Clodoveo II, un «Hotel-Dieu», antecedente del actual.

Este año de 651, como queda anotado arriba, el obispo Landry, obispo que fue durante veintiocho años de París, hacía construir una casa próxima a su residencia, donde los sacerdotes enfermos recibieran los cuidados de sus hermanos los canónigos, según consta en documentos antiguos. Poco a poco, las gentes caritativas fueron agrupando, en aquel lugar, a otros enfermos y a muchos pobres y necesitados de todas las clases.

En favor de esta obra, Erquinoaldo, alcalde del palacio de Neustria y conde de París, donó la tierra de Cretiel y convirtió su casa, palacio y capilla, que estaba dedicada a San Cristóbal, para fines de caridad ².

No lejos de esta capilla de San Cristóbal vivían unas religiosas que, bajo el cayado de la abadesa Landretrude, atendían a la limpieza de las vestiduras sagradas de Nuestra Señora.

El sucesor de San Landry, el obispo Chrodobert, las persuadió a que se trasladaran al hospital vecino y se dedicaran en él al servicio de los pobres y de los enfermos. De aquí les vendría más tarde el nombre de hospitalarias.

En estos primeros tiempos, el hospital de San Cristóbal estaba gobernado conjuntamente por el obispo y su «presbiterio», o clero. Andando el tiempo y ya en el siglo XI, el obispo Reinaldo de Vendosme cedió sus derechos sobre el hospital a los canónigos; cesión que fue confirmada el año 1007 por el papa Juan XVIII. De este modo, el Capítulo catedralicio ejerció hasta la Revolución de 1789 toda la jurisdicción espiritual, y hasta el 1505 también la temporal. Normalmente, estos derechos eran delegados a dos «Provisores», llamados más tarde «Visitadores», los cuales gobernaban todo el centro hospitalario y cuanto éste llevaba consigo. Pero fue precisamente en el citado 1505 cuando el Capítulo cedió al municipio de París la administración temporal del mismo ³.

2. AUBARI, M., *La Cathedrale Notre-Dame de Paris*, p. 22. AUZAS, P.M., *Les grandes heures de Notre-Dame de Paris*, p. 33.

3. COYECQUE, E., *L'Hotel-Dieu de Paris au Moyen-Age*. Paris 1891, c. 1., p. 181.

b.- *La figura de Mauricio de Sully y emplazamiento del Hotel-Dieu*

Antes de penetrar en la vida diaria y en el funcionamiento del Hospital, debemos intentar localizar el sitio donde estuvo ubicado, al menos a partir del siglo XII, y siempre con la aproximación que nos permiten las demoliciones antiguas y reconstrucciones posteriores, junto con las ampliaciones más modernas. Podemos figurarnos ubicado el Hotel-Dieu muy cerca del actual «Pont-au-Double», que es del siglo XVIII; cerca, pues, del «Petit-Pont», y en el emplazamiento que ocupa hoy la estatua de Carlomagno.

Se sabe con toda certeza que Mauricio de Sully, después de haber tomado posesión de la sede de París en 1160, comenzó a reedificar la catedral, el palacio Episcopal, el claustro y el hospital. En tal caso, bien podemos suponer que este último se encontraba entre «Notre-Dame» y el citado «Petit-Pont», al norte del pequeño brazo del río Sena. La entrada de su capilla, perpendicular a la fachada de Notre Dame, era el pasaje socorrido de los pobres y enfermos que llegaban al Hotel-Dieu. Dicha capilla se llamó durante mucho tiempo «iglesia de San Cristóbal», como hemos visto arriba. Fue ampliada y restaurada un siglo más tarde, hacia el 1280, por un generoso ciudadano burgués, el rico banquero Eduardo Macreux ⁴.

Al lado oeste de la entrada, y del lado opuesto a Notre-Dame, los planos antiguos señalan la gran sala de San Denis, atribuida al rey Felipe Augusto. Por su parte, Blanca de Castilla, la santa madre de Luis IX de Francia, contribuyó con generosidad y largueza a la construcción de la sala de Santo Tomás, sala que fue terminada hacia el 1210. Los trabajos de ampliación se continuaron en dirección del «Petit-Pont», con una sala más de Enfermería, llamada de San Juan ⁵, terminándose la obra con la Sala Nueva y la capilla del «Petit-Pont», consagradas respectivamente a Santa Inés y Santa Cecilia.

En tiempos del santo rey Luis IX, se comenzaron, asimismo, las ampliaciones que daban a la calle de Marchè, las cuales fueron terminadas bajo el reinado de Luis XI.

En el siglo XVI, concretamente en 1535, la generosidad y el mecenazgo del Legado del papa, el cardenal Dupras, permitió construir una sala, la de Santa Marta, también llamada sala del Legado, y que estaba destinada a los enfermos contagiosos.

Todavía en 1710 sería ampliado este vasto edificio con la construcción de la sala del Rosario y la de San Cosme, para rematar más tarde, con la de San Carlos, que daba a la calle de Bucherie y que llegaba en aquel entonces hasta el «Petit-Pont». La obra estará terminada por completo cuando sean levantadas las salas de San Roque y San Antonio ⁶.

4. Ibid., l.c., p. 166.

5. Esta Sala-Enfermería debió edificarse por los años 1225-50.

6. Existen diversos planos de la ciudad de París, en los cuales se puede apreciar, en toda su

c.- *Personal del Hotel-Dieu durante la Edad Media*

Al llegar a este momento de la historia de las agustinas hospitalarias del Hotel-Dieu, nos podemos hacer esta pregunta: ¿qué clase de personal, qué gentes componían aquella pequeña ciudad, dentro de la gran urbe que lo era el París del Medioevo? Los estatutos más antiguos, codificando costumbres y normas anteriores, se remontan al año 1217. Fueron dados en el primer capítulo de Etienne y comprenden setenta y dos artículos. En ellos se hace mención, para la administración del hospital, de dos comunidades, estrictamente separadas, de Hermanos y de Hermanas.

Uno de los hermanos, sacerdote, era el superior de los religiosos, y quien dirigía el personal masculino. Tenía bajo sus órdenes a los capellanes, a los clérigos, a los niños del coro y a los criados de la casa. Los hermanos, empleados en un principio en los servicios particulares, tales como panadería, pasaron igualmente muy pronto a ocuparse de la administración de los criados rurales que dependían del Hotel-Dieu y de la percepción de las rentas. Más adelante, serían arrasados y abolidos, lo mismo que fueron los templarios⁷.

La institución de los Hermanos, coexistiendo al lado de las Hermanas, desapareció definitivamente en el 1661⁸. Las Hermanas tenían, por su parte, una superiora⁹, que fue recibiendo distintos nombres, hasta quedar definitivamente con el de Priora. Bajo la autoridad de ésta, el personal religioso femenino comprendía distintos apartados: las aspirantes, que llamaban «niñas blancas»¹⁰, por el vestido que llevaban, y las profesas. No hubo noviciado propiamente dicho hasta el año 1636. El período de aspirantado duraba mucho tiempo. La mayor parte de las aspirantes entraban muy jóvenes, entre

magnificencia y extensión, lo que debió ser en tiempos pasados el Hotel-Dieu de la capital de Francia. Uno de ellos es el del citado año de 1710; otro, el de 1793. Pero sin duda el más importante y completo de todos, mandado hacer por el ministro Turgot al arquitecto Bretez, es el de 1734.

7. De todos es conocida la destrucción de la Orden del Temple en tiempos de Felipe IV «el Hermoso», el cual, con ánimo de apoderarse de las riquezas de la Orden, aprovechó todas las leyendas inventadas contra los templarios e hizo prender a Jacques Molay, que era el gran maestre de la Orden, y a todos los caballeros que se encontraban en Francia, en nombre de la Inquisición y bajo la fuerte acusación de herejes. Este hecho, ocurrido el 13 de octubre de 1307, marcó el comienzo del que se había de llamar gran proceso de los Templarios. En Alemania, en Inglaterra y en España los caballeros templarios sufrieron igual persecución, pero sólo en Francia padecieron algunos de ellos el suplicio del fuego. El papa Clemente V, instigado por Felipe el Hermoso, después de hacer comparecer a la Orden ante un Concilio, reunido en Viena, suprimió por una bula dictada el 3 de abril de 1312 a los caballeros del Temple, que vieron arrebatadas sus riquezas y confiscados sus bienes.

8. Este es el año justo en que murió el último superior, llamado Jeham Bourgeois.

9. El nombre que se le da en francés es el de «Maetresse»; lo mismo que llamaban al superior de los hermanos «Maitre». Más adelante, el nombre de Maetresse fue cambiado por el de «Prieure», si bien parece que cabe una cierta distinción entre ambos, y el texto antiguo así lo parece indicar.

10. El texto original dice «filles blanches».

los doce y veinte años y eran confiadas para su aprendizaje religioso y hospitalario a las denominadas «Madres en religión»¹¹, recibiendo, de este modo, una doble y completa preparación. Permanecían así alrededor de seis años. Admitidas luego a la «probación» durante un año, tomaban parte o, mejor, pertenecían a las aspirantes mayores, prácticamente novicias, todas vestidas de blanco y llevando, lo mismo que las profesas, una especie de toca a la derecha.

Cuando la formación parecía suficiente y la vocación bien afirmada, seguía la profesión que era como un pacto que hacían con el Señor y con el Hotel-Dieu. La ceremonia revestía una gran solemnidad, y tenía lugar en la capilla del hospital y en la sala capitular de Notre-Dame. De este modo, se afirmaba la dependencia en cierto sentido de las religiosas a los canónigos de la catedral. Como testimonio, se conserva una fórmula antigua que rezaba así: «Vosotras prometéis a Dios, nuestro Creador, y al Capítulo de París guardar castidad, vivir sin propiedad y prestar obediencia a la Superiora y a la Priora»¹².

Este estado, comportaba, entre otras obligaciones, y como ejercicios de piedad, que los hermanos y las hermanas no impedidos por el servicio y que no estuvieran enfermos debían asistir a los maitines, a la misa y a las vísperas. Los que no pudieran, tenían que suplirlo por un cierto número de padre-nuestros.

Las novicias tenían dormitorios corridos, y no celdas, con un lecho envuelto o, mejor, rodeado de cortinas, formando una especie de alcoba. Las religiosas profesas disponían de una habitación, pero pobremente amueblada. La comida en el refectorio era austera y se servía en mesas de madera, sencillas y largas.

El número de religiosas fue, en un principio, de veinticinco, pasando luego, y hacia el 1293, al de cuarenta. Con el crecimiento del hospital y el número de enfermos y pobres que atender, llegaron hasta un total de doscientas.

La Regla de las religiosas era la misma que san Agustín había dictado para su hermana, superiora de un monasterio de Hipona¹³. De este modo, se explica la devoción filial de las hospitalarias del Hotel-Dieu hacia el santo Doctor; devoción que se conserva todavía en nuestros días.

El personal femenino se completaba con un gran número de sirvientas y criadas. Los estatutos de 1217 proclamaban que a los enfermos había que tratarlos «como a señores de la casa». En esta época y durante varios siglos, el hospital atendía no solamente a enfermos, sino también cuidaba de los niños abandonados, de sus enfermedades o de su muerte; atendía también a los pe-

11. El texto, nuevamente, dice «Meres en religion».

12. Claramente vemos aquí la distinción que se hace entre ambas autoridades: «Maetresse» y «Prieure».

13. El cronista no duda en afirmar que la Regla de San Agustín fue dictada en principio para las mujeres, y así lo hace constar expresamente. Cf. *Tenneson*, o.c., p. 8.

regrinos y viajeros; a los pobres y a los que se encontraban sin trabajo. Servía, igualmente, de hostelería y de asilo de noche. Hasta tal punto servía y atendía necesidades de todo género, que llegaron a darse abusos; por lo que fue necesario tomar ciertas medidas, y una de ellas la de reforzar las ventanas.

Aparte el interés que despierta, es curioso leer la historia del Hotel-Dieu y comprobar la seriedad y rectitud con que se llevaban las distintas actividades dentro del mismo, teniendo en cuenta lo variado de las estaciones del año y la variedad también de las necesidades.

El gobierno del Hotel-Dieu pertenecía a la priora. Ella era la que nombraba los empleados, designaba por la noche los veladores de turno ¹⁴, que hacían las rondas; presidía las comidas y vigilaba la buena marcha de toda la casa. Estaba ayudada por una ecónoma llamada «Tronchere» ¹⁵, encargada principalmente de llevar las cuentas tanto de la comunidad como tal, como del hospital.

La priora se reservaba el gobierno y dirección de la ropería. Este trabajo de lavandería era de los más duros de todo el centro. Las hermanas durante el invierno se quedaban heladitas de frío en tan penosa tarea, y tenían que hacerla a la luz de una candela y se calentaban solamente en una de las estufas «circulantes» y que tomaban de una de las salas.

Las crónicas antiguas aseguran que este trabajo, con ser tan duro, no era nada comparado con el oficio y tarea de la gran colada, que se efectuaba una vez al mes. En este trabajo participaban las hermanas profesas y las novicias. Unas y otras bajaban al río a las dos de la mañana, con linternas en las manos y permanecían dentro del agua subidas a pequeñas barcas, no se sabe cuánto tiempo, desde las que realizaban el lavado de las ropas. Tan duro y peligroso era este trabajo, que algunas de las hermanas encontraron la muerte en este acto de servicio. Así se comprende bien por qué los «Ejercicios del noviciado», en el siglo XVIII, daban severos avisos a las hermanas que tenían que bajar al río para efectuar el trabajo de lavandería general del Hotel-Dieu.

La farmacia, o mejor «botica», que es como se llamaba hasta no hace muchos años en todo el mundo, no fue instalada hasta el año 1495. Hasta esta fecha, las medicinas había que ir las a buscar a casa de los drogueros. Una hermana ya mayor, ayudada por una joven y por un mozo de botica, servía y distribuía los medicamentos a los enfermos. La hermana más joven recorría las salas llevando con el muchacho los caldos y los jarabes, junto con los emplastes, ungüentos, el azúcar, la miel, el azafrán, el agua de rosas y diversas tisanas.

Aparte el vestuario de los peregrinos ¹⁶, existía la maternidad, donde se recibía a las futuras mamás. Si la visita de éstas era prematura, se les decía

14. La palabra en francés es «veillereusses».

15. Este vocablo no tiene traducción directa al castellano, mas por el contexto cabe suponer que se trataba de una especie de secretaria que llevaba las cuentas a la priora.

16. Este vestuario recibía el nombre gráfico y significativo de «poullerie».

con amabilidad: «paciencia, hermana, y espere a que llegue la hora». Cuando, en cambio, este momento crítico era llegado, se les decía: «seáis bien venida». E inmediatamente era atendida sobre el particular. Es curioso observar cómo en un recodo de la orilla derecha del río estaba la llamada «torre del Limbo», donde eran arrojados los niños que nacían muertos.

La Superiora era la encargada de los difuntos, a ejemplo del anciano Tobías.

La jornada de una hermana en el hospital se repartía, más o menos, del siguiente modo: Hora de levantarse, a las cuatro menos cuarto de la mañana. Las primeras horas eran consagradas a Dios, y el servicio o trabajo comenzaba a las cinco en punto. Estaba muy lejana todavía la jornada de ocho horas. Cuando entraba en la sala que le correspondía, saludaba al crucifijo que la presidía. Se extinguían las lámparas de noche. Poco a poco, los enfermos iban despertando. La hermana se aproximaba a ellos, en una mano el lebrillo y en otra la toalla y procedía a su arreglo y lavado de la cara ¹⁷. Así, hasta la hora de la comida.

La tarde era destinada para las visitas de familiares, amigos y bienhechores; así como también la de grandes personajes de la Corte o de la nobleza parisina. La hermana estaba siempre atenta a que todo estuviera en orden y quedaran todos complacidos. De este modo, la jornada de una hospitalaria resultaba edificante tanto para los propios enfermos, como para quienes iban de visita al hospital.

La medicina de aquellos tiempos era muy simple y respondía a los escasos conocimientos terapéuticos de la época. Hasta el año 1221 la cirugía era patrimonio del célebre «barbero», que practicaba sangrías con el acierto y profusión que cabe suponer. El diagnóstico se reduce al examen de la orina, del pulso y poco más. Al enfermo se le preguntaba por el estado de ánimo en que se encontraba. Se le recomendaba, como un anticipo de higiene, la medicina preventiva y preservativa por medio del baño y que practicara ejercicios moderados de cuerpo. El baño se hacía en grandes bañeras de metal.

d.- *Recursos y bienhechores. San Luis, limosnero mayor*

Desde 1168, los canónigos establecieron que, después de la muerte o dimisión de uno de ellos, el Hospital recibiría todo el importe que llevaría consigo una cama, es decir, un catre, colchón de pluma, mantas y cuanto fuere menester. Y el cronista añade que esto equivalía a la fundación de una cama por canónigo muerto o dimisionario.

17. Los libros antiguos que se conservan en el Archivo de las Hermanas detallan al pormenor las horas de las comidas y las distintas viandas que solían darse a los enfermos, según su mayor o menor gravedad.

En muchos testamentos de los laicos era, costumbre insertar una cláusula en favor del Hotel-Dieu. El pueblo parisiense, siempre muy generoso, había hecho de esta bella y benemérita obra como un asunto propio, rivalizando con él toda la provincia.

Entre los bienhechores, los había que ocultaban sus nombres, y los había que explicaban el motivo de su ofrenda o donación. Los reyes de Francia fueron particularmente generosos con esta obra secular. Entre ellos, destaca Luis VII, Felipe Augusto y, sobre todo, San Luis que tomó el Hotel-Dieu «como heredad propia». Entre 1225 y 1250, este santo monarca hizo construir la gran Enfermería y la Sala Nueva, a lo largo del río Sena, terminando junto a la capilla del «Petit-Pont», ya citada anteriormente.

Hacia el año de gracia de 1257 —dicen las crónicas— el director del Hotel-Dieu fue al encuentro del buen rey y le pidió un donativo para la obra. Esperaba la cantidad de cien libras, suma considerable para aquella época; pero el monarca le dio mil. Los señores de su séquito murmuraban entre sí, como en otro tiempo los apóstoles se lamentaron del perfume que María Magdalena derramó a los pies del Señor. El rey no se inmutó. «A veces es necesario —dijo— que los reyes se excedan un poco de su despensa, si es que en esto caben excesos; y prefiero que sea en donativos y limosnas y no en cosas superfluas y de lujo».

El cronista particular de este santo rey capeto¹⁸ cuenta que frecuentaba mucho el Hotel-Dieu, y que servía personalmente a los enfermos, curando sus heridas, lavando sus cuerpos y dándoles de comer. A alguno de ellos entregaba una cierta cantidad de dinero, de pan, de viandas, pescado..., según las exigencias de su estado; incluso llegaba a participar de la pitanza que las cocineiras tenían preparada para los enfermos. Al tiempo de repartir el pan y la comida con sus propias manos, se ponía de rodillas delante de los enfermos y les acercaba los alimentos a la boca, o le sostenía en sus brazos. El cronista destaca que tuvo siempre gran compasión de los sufrimientos, enfermedades y miseria de los pobres.

En los siglos siguientes, los soberanos de Francia —muchas veces instados por las piadosas reinas— siguieron mostrándose generosos con el hospital de París. Los nombres de Carlos VI y Felipe V; Felipe VI y Juan el Bueno, hasta los días de Luis XI, fueron conformando las cartas de donación de sus antecesores para tan generosa obra. Por lo que se haría interminable la lista de todos los testimonios reales en favor de la misma.

Dentro ya del siglo XVI, Francisco I hizo donación, en 1532, de su capamorada, «la cual había servido al monarca para guardar el luto debido a la reina Regente, su madre, que Dios perdone». El manto fue revendido después por sesenta y seis libras. Este mismo rey, en 1529, hizo otra espléndida donación a fin de obtener de los enfermos y pobres del Hotel-Dieu «la salud, la

18. CROS, P., *Vie intime de saint Louis*. Cf. TENNESON, o.c., p. 19.

prosperidad, la paz y la unión de sus reinos..., y para que los soldados de la patria, prisioneros en España, pudiesen retornar pronto a Francia».

En el siglo XVII, Enrique IV hizo reconstruir la sala Santo Tomás y la de San Denis, junto a la Sala Nueva. De esta misma época data la construcción del «Hospital de San Luis», al norte del barrio de San Denis. Enrique IV quiso dedicar este hospicio a la memoria de su santo predecesor, del que se sentía incapaz de imitar su virtud y mucha caridad. El fue quien colocó la primera piedra de la capilla el día 16 de julio de 1607, estando ya libre para el culto justamente dos años más tarde, el 25 de agosto, festividad de su santo patrono. Con este motivo, una parte del personal del Hotel-Dieu fue trasladado al nuevo hospital de San Luis, que fue destinado especialmente para los enfermos apestados y contagiosos.

Para estas fechas, el Hotel-Dieu era un gran centro de caridad. Recibía sin cesar las visitas de los más altos personajes ¹⁹, así como también de los más modestos burgueses, venidos para asistir a los pobres, de acuerdo siempre con la priora y las hermanas que regentaban las distintas salas y dependencias.

Mucho tiempo antes de que Vicente de Paúl y sus Damas de Caridad hicieran acto de presencia en la historia de Francia, se veía frecuentemente en el Hotel-Dieu a nobles señoras, princesas y reinas compitiendo en actos de caridad. Destaca, entre todas, a finales del XVI, Luisa de Vaudemont, esposa muy amada, y después desdeñada, del rey Enrique III. Las crónicas nos cuentan que su virtud no era obstáculo a presentarse esplendorosa y radiante para reconquistar el corazón del rey; pero que luego, para expiar sus coqueterías y vanidades, salía furtivamente de palacio y, vestida de una oscura y pobre estameña, se llegaba al Hôtel-Dieu y con sus blancas manos curaba y limpiaba las más repugnantes llagas, o bien amortajaba a los difuntos que habían muerto en el hospital ²⁰.

Se menciona, también, como personaje excepcional, a Francisca de Mailliane, viuda de Santiago Honoré, conde de Suzo. Su principal cuidado, durante veinte años, fue el de atender a los pobres «sarnosos» y apestados, junto con el amortajar a los difuntos y rezar por ellos en su habitación rostro en tierra. Venía siempre enmascarada para no ser reconocida por la gente, y siempre sola, rogando a su servidumbre que hiciera con ella esta caridad.

19. La historia del siglo XVII nos depara en toda Europa ejemplos como los que se expresan en esta historia. La Iglesia encabezaba las obras de beneficencia y caridad con la fundación de hospitales y asistencia a los pobres que pululaban por las ciudades sin oficio y sin beneficio. La nobleza, muchas veces para ocultar sus vicios, otras con verdaderos fines de caridad, al tiempo que levantaban conventos y monasterios para sus hijos segundones o para sus hijas naturales, ayudaban espléndidamente a los centros de caridad. En Francia destacaba ya en este tiempo, junto a los nobles, la burguesía que rivalizaba con los anteriores en el mecenazgo artístico, religioso y caritativo.

20. FOLEY, CH., Article paru dans «La Maison», juin 1922. Cf. TENNESON, o.c., p. 22.

e.- *Irradiación, epidemias y disensiones interiores*

La fama y buen nombre del Hotel-Dieu se extendió muy lejos de París. El citado autor Goyecque escribe textual: «Tanto la provincia, como la capital, tenía en gran estima al Hotel-Dieu de París. Estaba considerado como un hospital modelo. Cuando un municipio trataba de crear un nuevo asilo de caridad, pedía al Capítulo de Notre-Dame le enviara una copia del reglamento del Hotel-Dieu y, sobre todo, le pedía, durante algunos meses, un cierto número de religiosas que pusieran al servicio del naciente centro hospitalario su consumada experiencia y guiasen en su «debut» al personal todavía inhábil»²¹.

El Hotel-Dieu de París fue, sobre todo durante el largo período de la Edad Media, como una verdadera colmena de la que salían numerosas abejas. En el año 1717, encontramos en las «Deliberaciones Capitulares» que la villa de Blois pedía religiosas de la casa de París. Llegada la Edad Moderna, la reputación del célebre hospital se continúa. Y así vemos cómo hacia el año 1580 y en la vida de la bienaventurada Margarita Lorraine, el duque d'Alençon deseó unir a su hospital un monasterio de religiosas agustinas que fueran tomadas del convento de París. Las juzgaba virtuosas y excelentes administradoras, y de ahí que, dada la pésima administración existente en el suyo, las quisiera llevar para conseguir esta reforma.

Con todo, tenemos que confesar que no siempre corrieron vientos favorables y que todo fueron éxitos en el Hotel-Dieu. Lo mismo que acontece en toda institución terrena, este centro sanitario y su comunidad religiosa debieron pagar, a lo largo de los años, tributo a la frágil humanidad. Por lo que no faltaron miserias físicas y miserias morales.

Uno de los azotes más duros y que ponían siempre a prueba la fortaleza y resistencia del Hotel-Dieu era la peste que se repetía todos los siglos y acaso más de una vez en cada centuria. Era de ver entonces cómo acudían de todas partes los contaminados, siendo insuficientes todos los recursos. En la del año 1523 llegó a faltar lugar para alojar a tantos. Hubo que empeñar los vasos sagrados y los relicarios, teniendo que pedir ayuda al cardenal Duprat, legado de la Santa Sede, suplicándole concediera las dependencias de la Santa Capilla que estaba al lado del «Petit-Pont»; lo que concedió de buen grado, entregando además la casa del jefe de San Quintín, así como la sala de Santa Marta.

Veinte años más tarde, exactamente en 1545, hubo una nueva epidemia. Tuvieron que extremarse las medidas, hasta el punto de prohibir salir del hospital a los contaminados por la peste sin certificado de curación. En 1547 —leemos en las crónicas— se hizo una gran procesión con las reliquias de Santa Genoveva para obtener la lluvia y conseguir de Dios que cesara la epidemia.

Resulta curiosa la anécdota de que, por este tiempo, liberado el Hotel-Dieu de enfermos, afluían pobres de todo el mundo; de modo especial, al final

21. COYECQUE, E., *L'Hotel-Dieu au Moyen Âge*. Paris-Champion, 1891.

de la Cuaresma, para darse la gozada de un banquete que era servido por los orfebres de París precisamente el día de Pascua de Resurrección.

En tiempo de Enrique IV, hubo nuevas calamidades. En menos de quince días enfermaron ocho mil parisienses. Los infelices, hambrientos y apenas sin tenerse en pie, acudían al Hotel-Dieu como hacia un granero de abundancia. Algunos, escapando como podían, se acercaban al palacio real implorando la clemencia del monarca, el cual ordenó que dejaran pasar hasta tres mil de ellos y que fueran alimentados a su costa. Pero otros muchos fueron rechazados por el propio rey.

Con las epidemias materiales, advino una larga crisis moral. La decadencia comenzó hacia la mitad del siglo XV. «El período que siguió a la Guerra de los Cien Años —leemos en la Condesa R. de Courson²², fue para Europa, y de modo especial para Francia, una época de anarquía: dentro de la misma Iglesia, el gran Cisma había turbado los espíritus; y dentro de la sociedad civil, las incesantes guerras habían contribuido al desarrollo de un desorden y de un malestar, debido a los cuales las bajas pasiones, el espíritu revolucionario y una gran indisciplina se habían desarrollado libremente».

Durante el reinado de Luis XI, el gran hospital cambió de aspecto. La autoridad de los canónigos se ignora. El director obra por su propia voluntad. Admite a los sujetos que quiere y recibe sus votos sin consultar a nadie. Los Hermanos y las Hermanas se entregan con frecuencia «a coloquios familiares» que les valen los más severos castigos y penitencias y hasta la prisión. Con gran escándalo de los enfermos y de los pobres, lo mismo que de los visitantes, se injuriaban e insultaban entre sí a lo largo de las distintas salas. En tales circunstancias, la ciudad de Orleáns pidió en 1431 religiosos y religiosas para su hospicio, pero no se lleva a efecto este deseo porque —decían— «las gestiones no eran suficientes». En realidad, después de hechas las deliberaciones, se sacó la conclusión de que el verdadero motivo era «la existencia de graves defectos en la reforma y vida del hospital de París».

Sería interesante conocer las ordenanzas que el Capítulo de Notre-Dame promulgó el 8 de marzo de 1494 para el Hotel-Dieu y en beneficio y provecho de los pobres. Sin embargo, la discordia y el desorden continuaron. No se llevaban las cuentas con exactitud y responsabilidad. A este propósito, el director Jehan Lefevre atacó duramente al Capítulo de canónigos ante el Parlamento. Los canónigos, por su parte, pidieron a la Corte que obligase al dicho director a que rindiese sus cuentas. Después, en 1497, lo destituyeron poniendo en su lugar al Hermano Lorenzo Laisnè como tesorero²³. Pero los religiosos recibieron muy mal a Laisnè, acusándole de traidor y reprochándole que entregaba a los «provisores» los secretos del Hotel-Dieu.

22. COURSON, R. de, *Le passè de l'Hotel-Dieu*, p. 302.

23. La palabra francesa del texto que seguimos y que, a su vez, la recoge del documento original dice «boursier».

El 11 de julio del citado año los canónigos hicieron salir a Lefevre, su prisionero, no sin haber sido objeto de una manifestación hostil por parte del personal: Hermanos y Hermanas, armados con bastones y cuchillos, subieron a la habitación del procurador a los gritos de «¡Judas, debes morir! ¡Tú has vendido a nuestro director; le has vendido a los falsos judíos! ¡Tú vas a morir ahora mismo!».

La puerta fue derribada a golpes. Leisnè pide clemencia y que se le juzgue ante un tribunal. Pero una hermana, muy belicosa, esgrimiendo un hacha, le gritó: «¡Ahora verás dónde vas a ser juzgado!».

Siguieron las amenazas y la exigencia de la vuelta de Lefevre... Como consecuencia de todo ello, Laisnè no volvió a salir de la habitación. Afectado por una fiebre mortal, murió doce días después del altercado.

Las dificultades y tumultos interiores siguieron dándose en el hospital de París. Hasta el punto de que, en ocasiones, tuvieron que intervenir severamente los monarcas, despidiendo a algunas religiosas, metiendo en la cárcel a otras, y mandando a sus casas a las novicias más revoltosas.

Puestos a examinar las causas de estos desórdenes interiores, se da como fundamental la falta de vida interior, debido a la escasez de socorros espirituales; ya que, mientras en la Edad Media, existían más de quince religiosos sacerdotes que atendían a los enfermos y a la comunidad de Hermanas, en la Edad moderna no había más que seis, habiendo aumentado el número de unos y otras.

Leyendo las crónicas, encontramos notas curiosas que reflejan lo bastante el ambiente que se respiraba en el interior del hospital. Así, en 1525, se reprochaba a los hermanos de estar siempre fuera de casa y de entregarse con exceso a la bebida; y a las hermanas se las acusaba de abandonar con frecuencia el servicio de los enfermos, deteniéndose a contemplar lo que ocurría en el exterior de las salas; se les acusaba también de faltar a la pobreza guardando y reservándose cosas del común. Por contra, ellas acusaban a los «provisores laicos» de faltar al cuidado de los alimentos y de la calefacción de los enfermos.

Con diversas alternativas, llegarán los tiempos de Francisco I, el cual envió una carta a los canónigos recomendándoles que no perdieran ni un solo día, ni una sola hora para emprender la reforma del Hotel-Dieu. El Capítulo procedió a diversas destituciones y nombramientos, urgiendo la observancia de los votos, sobre todo del voto de pobreza, en el plazo de tres días. Promulgó unos nuevos Estatutos que habrían de constar de 175 artículos entre los que sobresale el 173, el cual señala el espíritu de la gran caridad que animaba todo el documento. Al mismo tiempo, se llamó a los Hermanos de San Víctor para que reformaran o reemplazaran definitivamente a los religiosos relajados. Lo que dio lugar a nuevas querellas hasta por motivos de la vestimenta, ya que los antiguos hermanos llevaban hábito negro y los «vitorinos» quisieron imponer el suyo, que era blanco.

3. *El instituto, en el siglo XVII*

a.- *La Hermana del Santo Nombre de Jesús.*

El siglo XVII reservaba al Hotel-Dieu una renovación en la virtud, en la abnegación y en el sacrificio. Van a ser los momentos de San Vicente de Paúl y de las Damas de la Caridad. Y van a ser los días y la gran labor llevada a cabo por una santa religiosa, ayudada por un sacerdote eminente, en los que tendrá lugar una eficaz y duradera reforma.

Se llamaba Genoveva y había nacido en París el año 1591 dentro del seno de una familia de orfebres. Su padre se llamaba M. Bouquet. De muchacha, asistía todos los años al banquete que la corporación de su padre daba a los pobres del Hotel-Dieu, encontrando aquí los primeros gérmenes de su vocación por el cuidado de los enfermos, ya que ni los regalos de la Corte de la reina Margarita, donde pasó parte de su infancia, ni el rigor de las clarisas del «Ave María», entre las cuales pasó algún tiempo, pudieron quitarle aquella idea primera de entrar en las agustinas hospitalarias de París.

Ingresó en este hospital a los veinte años, y no teniendo entonces establecido un noviciado, tuvo que permanecer cerca de quince años en calidad de «Fille blanche», de las que hemos hablado arriba; hasta que el día 6 de mayo de 1629 pronunció sus votos solemnes adoptando el nombre de «Hermana del Santo Nombre de Jesús».

En marzo de 1636, fue nombrada maestra del noviciado, nuevamente reconstituido, cargo en que duraría por espacio de siete años. Supo dar a sus novicias una formación sólida, a base de un espíritu de fe y de esfuerzo infatigable. Cuando una de estas novicias se quejaba de su pobre vestido, la Hermana del Santo Nombre de Jesús lo cambiaba por el suyo. No podía sufrir que una hermana le dijera: «estoy cansada». Y puesto que el trabajo de los enfermos era el motivo de su cansancio, debían estar muy contentas a la noche de haberse cansado durante el día por amor de Dios. De tal modo que cuando esto ocurría, ella llamaba a su jornada «día pleno».

Consiguió, igualmente, en 1635, que la pobreza fuera restablecida entre las religiosas por la práctica de la vida común, o de comunidad. Cuando llegó la hora de la prueba con la peste, la Hermana del Santo Nombre obtuvo permiso para cuidar a los contagiosos del Hospital de San Luis. Y una vez allí, dejó una huella imborrable de organización y virtud. Como una verdadera santa, besaba las llagas de los apestados. Dentro de cada sala, estableció un altar, un recipiente de agua y una estufa.

Más tarde, volvió al Hotel-Dieu y pasó por diferentes servicios de la comunidad. Mientras estuvo al cuidado de las jóvenes mamás y mientras duraba el período de lactancia, se les oía exclamar a aquéllas con frecuencia: «Nuestra madre es una santa. Tiene sumo cuidado de nuestra salud». En la época en que fue priora —año de 1636— hizo promulgar la Regla, observada fielmente, y con elecciones cada tres años. Ella misma fue elegida por dos veces en superiora.

Por la misma época, Dios encaminó hacia el Hotel-Dieu a Mons. François Ladvoat, Consejero Real, canónigo de París, Abad de Nuestra Señora de Humblieres, el cual durante doce años mantuvo el título de Visitador de la casa y ayudó a la buena priora en su esfuerzo de reforma espiritual. Supo imponerse con autoridad al Capítulo de canónigos y a los gobernadores laicos. Dotó al Instituto de unas Constituciones, que fueron publicadas en 1652. En esta tarea estuvo trabajando hasta el día de su muerte, que aconteció el 15 de enero de 1646.

Dos canónigos de Notre-Dame, Messieurs de Bochard y de Mesgrigny, completaron su obra, la cual fue aprobada definitivamente por el Capítulo de 1652. Aquellas Constituciones resaltaban, de modo especial, el servicio de los pobres y de los enfermos, fin principal del Instituto. Estas Constituciones, apellidadas en aquel entonces «don del cielo», respiran el más puro espíritu de fe ²⁴.

b.- *San Vicente de Paúl y las Damas de la Caridad en el Hotel-Dieu*

Quedaría incompleto este bosquejo biográfico si no destacáramos la parte importante que tuvieron en las mejoras del Hotel-Dieu las Damas de la Caridad, guiadas por el celo y santidad de Vicente de Paúl; todo lo cual sirvió de ayuda, ejemplo y estímulo para las hijas de San Agustín.

¿Cómo entraron en el Hotel-Dieu?... Un biógrafo de Santa Luisa de Marillac, M. Gobillon, doctor por la Sorbona y cura de San Lorenzo, cuenta que hacia el 1676 hizo una visita, acompañado de algunas damas piadosas, al gran hospital. Habiendo observado que allí faltaba a los pobres y enfermos lo que se llama dulzura y que la casa no podía hacerse cargo de la despensa, convinieron en consultarlo con M. Vicente de Paúl.

Mme. Goussault, presidente general, solía venir por su cuenta al Hotel-Dieu a visitar a una sobrina suya, y era lo cierto que no encontraba las cosas en el orden y concierto que ella hubiera deseado y tal como más tarde lo estableció. Mme. Goussault consultó el caso, asimismo, con M. Vincent, rogándole que se fijara su caridad en estos pobres que estaban pidiendo mejores cuidados; lo mismo que el hospital pedía algunos socorros. Como M. Vincent se condujera en todas las cosas con prudencia y discreción, no creyó que sería oportuno meterse de rondón, como suele decirse, en la casa del vecino.

La presidenta, después de haber continuado largo tiempo sus solicitudes, viendo que no conseguía nada de M. Vincent, se dirigió al arzobispo de París, entonces Juan Francisco de Gondí, decano del Capítulo de Notre-Dame, y superior que había sido del Hotel-Dieu. Era hermano de Felipe de Gondí, gene-

24. El libro que seguimos fundamentalmente para este trabajo trae un buen resumen de estas Constituciones, junto con un bello párrafo que hace referencia a este espíritu de fe que respiran y respiran las Hermanas Hospitalarias del Hotel-Dieu. Cf. TENNESON, o.c., p. 37-38.

ral de galeras, amigo personal de Vicente de Paúl, y al que le había confiado la educación de sus tres hijos.

Monsieur de Gondi se avino fácilmente a los deseos de Mme. Goussaul, e hizo ver a M. Vincent que se sentiría sumamente feliz al saber que habría de escuchar la proposición de establecer una Junta de Damas de la Caridad que se preocupasen de modo particular de los enfermos del Hotel-Dieu ²⁵.

M. Vincent, después que recibió esta orden de su prelado y viendo en ella la voluntad de Dios, dispuso que se comenzara a trabajar inmediatamente en el hospital. Reunió a las citadas Damas de la Caridad en casa de Mme. Goussault ²⁶. Se acordó visitar el hospital. Después, hubo una segunda reunión en la que estuvo presente Mademoiselle Legras, la cual se encargó directamente de la obra. Mme. Goussault fue nombrada presidenta de esta nueva Junta, Mlle. Viole, asistente y Mlle. Polailon aceptó las funciones de secretaria.

En cuanto a San Vicente de Paúl, él sería por derecho propio el director espiritual de la nueva confraternidad.

El biógrafo e historiador Abelly nos ha dejado la primera de las instrucciones hechas por el santo a estas damas, y en ella les advertía de las grandes dificultades que iban a encontrar en la nueva empresa; por lo que debían prevenir a los superiores espirituales y temporales del Hotel-Dieu de cuál era su intención y de la orden que había dado el señor arzobispo, a fin de que ellas se adhiriesen a la obra del hospital para cuidar a los enfermos.

San Vicente de Paúl dejó especificado el orden dentro del cual debían realizarse las visitas a los enfermos; y después se encargó de aconsejar a las damas de la caridad sobre cómo debía ser su actuación y conducta ante las Hermanas Agustinas. Pretendemos —decía— contribuir a la salud y bienestar de los pobres, y esto no lo podremos hacer —es claro— sin la ayuda y aprobación de tan buenas religiosas que los gobiernan. Es justo, pues, prevenirles del honor de «madres» que se merecen y de tratarles como «esposas del Señor» y señoras de la casa. Esta manera de obrar está, de verdad, según el espíritu de Dios ²⁷.

Fuera de esto, las Damas de la Caridad gozaban de amplia libertad para ir de sala en sala, de lecho en lecho, consolando a los pobres enfermos, hablando con ellos de las cosas de Dios, y animándolos a llevar con paciencia sus dolencias.

Y es así cómo, a partir del año 1634, comenzaron las visitas de estas piadosas señoras, obra de San Vicente de Paúl, al Hotel-Dieu. Éste fue el pri-

25. ABELLY, t. II, p. 43. Cit. por CHEVALIER, A., *L'Hotel-Dieu et les Augustines*, Paris-Champion 1901, p. 287.

26. Una carta de San Vicente de Paúl daba cuenta de esta asamblea nombrando a cada una de las señoras reunidas en casa de Mme. Coussault y especificando los asuntos que allí se trataron. Cf. *Lettres de saint Vincent de Paul, publiées par les Lazaristes*, t. I., p. 90.

27. ABELLY, o.c., p. 158.

mer paso para introducir a las Hijas de la Caridad ²⁸, para comprar y preparar cuantas cosas fueran necesarias, ayudadas en la tarea por las citadas damas, que se encargaban de distribuir las comidas a los enfermos. Para facilitar este ejercicio, San Vicente de Paúl hizo imprimir un librito que contenía los principales puntos que se consideraban más necesarios en la instrucción y cuidado de los enfermos.

La peste de aquel mismo año —1634— causó enormes estragos en la ciudad de París. El Hotel-Dieu recibía cerca de cien enfermos al día. Las Damas de la Caridad no escamotearon esfuerzo alguno. Por lo que M. Vincent lloraba de gozo y se alegraba en el Señor de que algunas de sus hijas pagaran tributo a la epidemia con su vida. Lo mismo que las Hermanas Hospitalarias Agustinas, de las cuales sucumbieron al terrible azote hasta un total de diecisiete.

Más adelante, fue el mismo M. Vincent quien prohibió a estas damas seguir haciendo visitas al Hotel-Dieu, «a fin de no comprometer el éxito de la obra, tan provechosa y tan secular en la ciudad».

Pero el ejemplo que habían dado aquellas señoras sirvió para que otras damas de la Corte, de la nobleza y del Parlamento —la burguesía parisiense— se enrolaran en lo que se dio en llamar «Damas del Hotel-Dieu» ²⁹.

Un cuadro de la época representa y recuerda la visita efectuada por el rey Luis XIII al hospital, y su primera entrevista con mademoiselle de La Fayette, la cual, con permiso de la reina, había dejado la corte y venido al Hotel-Dieu, acompañada de Mme. de Guisse, para reunirse con las Damas de la Caridad. Lo que nos indica hasta qué punto el Hotel-Dieu y las Agustinas se vieron mezcladas íntimamente con la historia de Francia.

Durante la revolución denominada «La Fronda» ³⁰, el hospital fue de tal modo invadido, que no hubo suficientes médicos y religiosas para atenderlos debidamente; tanto más, cuanto que los locales habían sido agrandados en el reinado de Luis XIII con sus nuevas salas, la de San Carlos y la del Rosario, amén de la sala de Santo Tomás que había sido reconstruida en tiempo de Enrique IV.

28. Las Hijas de la Caridad fueron fundadas por San Vicente de Paúl y Luisa de Marillac el año 1633.

29. Mgr. BAUNARD, *Vie de Louise de Marillac*. Cf. TENNESON, o. c., p. 46.

30. *La Fronda* a que se refiere el texto constituyó un movimiento revolucionario desarrollado en Francia durante la minoridad de Luis XIV (1648-1653), dirigido principalmente contra la regencia de Ana de Austria y el gobierno del cardenal Mazarino. Debió su nombre al peligroso juego con que se recreaban ciertos mozalbetes de París, en los fosos de la ciudad, consistente en lanzarse piedras con una «fronde» (honda), cuyo nombre asimiló el español a su femenino corriente, bajo la forma de fronda. Estuvo dividido en dos períodos: la «Fronda de los parlamentarios», que duró desde agosto de 1648 hasta marzo de 1649, y la «Fronda de los príncipes», desde octubre de 1649 hasta septiembre de 1653. Esta lucha, verdadera guerra civil, no reportó resultados positivos para el bienestar público, pues fueron muchas las provincias que quedaron casi arruinadas a consecuencia de la misma.

4. *El Instituto en el siglo XVIII*

a.- *El siglo de la Revolución Francesa. Religiosas ilustres.*

El siglo XVIII será para el Hotel-Dieu, lo mismo que para toda Francia, el siglo de la «Revolución». Primeramente tendrá que pasar por la tempestad jansenista ³¹ y que vino a turbar gravemente la iglesia de Francia, consiguiendo adeptos de las más altas esferas de la sociedad y también, desgraciadamente, del clero...

Las crónicas, al llegar a este punto de la vida de las Agustinas Hospitalarias del Hotel-Dieu, y antes de asistir al drama revolucionario, se extienden en la biografía de algunos de sus principales personajes. Sobre todo, resaltan la vida de dos religiosas, una de ellas dama de la corte de Luis XIV, la cual, una vez que ingresó en el Instituto, recibió el nombre de Hermana de la Misericordia; y la otra, de origen más humilde, pero de una firmeza de alma inquebrantable en su adhesión a la verdadera vida religiosa y a la Iglesia Católica. Era la Hermana San Anselmo.

La Hermana de la Misericordia se llamaba en el siglo María Luisa Clara de Tournelles, y era hija de Guillermo Charpentier, señor de Lunaisi des Tournelles, Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, y de Luisa María d'Aubonne. Había nacido el 2 de febrero de 1681. Las crónicas, a las que aludíamos antes, nos dicen con elogio que sabía perfectamente el latín, entendía de pintura y su escritura «era perfectamente bella». Una parte de su juventud la pasó en las tierras de su familia y la otra en la alta sociedad parisiense. Frecuentaba la casa de la duquesa de Maine, mediante la cual se introdujo en la corte de Luis XIV.

Pero María Luisa Clara no estaba para aquellas vanidades y, cual otra Teresa de Ávila, se reprochaba los devaneos y vanidades de su juventud. Hasta que el año 1700 —diecinueve años cumplidos—, delante de la imagen de María, en Notre-Dame, prometió solemnemente renunciar al mundo y consagrar su vida al servicio de los pobres en la vida penitente de las religiosas agustinas del Hotel-Dieu.

Con este propósito se dirigió al hospital y suplicó a la Priora se dignara recibirla. La reverenda, viéndola tan mundana y tan «excesivamente» compuesta, tuvo recelos; pero María Luisa Clara le dijo que admitiera tal y como era, pidiendo información al canónigo Lenoir, hermano de un viejo solitario de Port-Royal ³².

31. De este modo titula uno de sus más largos párrafos el P. Tenneson en el libro que seguimos de cerca.

32. Conocidos son estos personajes —«los solitarios»—, en la historia del jansenismo y en la historia de la Iglesia. Los primeros de ellos salieron de la familia Arnauld, con su centro de operaciones en Port-Royal. Ellos vinieron a constituir algo así como aquella compañía o corporación que soñó Jansenio para defender su doctrina frente a la Compañía de Jesús. Vivían en celdas

Por fin, tras no pequeñas dificultades, la Madre de la Misericordia hizo su profesión en 1707; pero no pudo entregarse al cuidado de los enfermos hasta veinte años después. En el intervalo, ejerció el oficio de secretaria de gabinete y de oficinas, donde los gobernadores pudieron apreciar su excelente caligrafía.

En 1713, tres años después de haber sido destruido Port-Royal, Monseñor de Cres, que había sido confesor del mismo y que a la sazón era confesor de las monjas del Hotel-Dieu, fue requerido por la autoridad real. Monseñor tuvo miedo, se escondió y luego se evadió. Es entonces cuando la Madre de la Misericordia salva a la comunidad con energía y poniendo las cosas en claro. Siguieron los años en que la herejía jansenista levantó la cabeza, a raíz de la muerte de Luis XIV. De nuevo, esta admirable religiosa estuvo al quite exhortando a sus hermanas a que no perdieran la serenidad y se mantuvieran ecuanímenes en la fe.

Por lo que a la Madre San Anselmo se refiere, hemos de decir que entró en el Hotel-Dieu en 1681, profesando cinco años después. Era una religiosa profundamente humilde y dulce y había sabido sufrir en silencio «las penas personales que le habían motivado algunos miembros obcecados de la Comunidad»³³. Pero desde el momento en que fue elegida Priora —18 de mayo de 1723—, puso todo su empeño en los intereses de Dios y de sus hijas, desarrollando un celo ardiente, muy difícil de superar.

Uno de sus primeros actos fue el de escribir a la Corte para exponer su pena, y los daños que corría su comunidad, pidiendo un «Comisario». El Consejo eclesiástico nombró para esta delicada misión al canónigo Le Gendre, y para facilitar su tarea, suspendió de los poderes espirituales a los superiores y visitantes de la casa.

La Madre San Anselmo, al igual que la Madre de la Misericordia, se vio mezclada en los tristes sucesos jansenistas de su época. Y tuvo que ver, de modo especial, con los sucesos acaecidos en los días del cardenal Noailles, el cual, seis meses antes de su muerte, acaecida en 1729, se sometió por entero a las decisiones de la Iglesia.

Su sucesor, Mgr. de Vintimille, obligó a las Comunidades religiosas a que se adhirieran a la bula pontificia «Unigenitus»³⁴. La Madre de la Misericordia

construidas junto al viejo monasterio, formando una comunidad «sui generis», sin votos y sin clausura, con libertad para entrar y salir y aun para dejar aquel modo de vida cuando quisieren. Fanáticos entusiastas de Saint-Cyran y de la célebre Madre Angélica, echaban a vuelo las campanas cuando ésta los visitaba. Parte de ellos se dedicaban al estudio, y otros preferían los trabajos manuales y la oración. Pascal, esta gran figura, que tiene atractivos semejantes a los de San Agustín, con rasgos odiosos de panfletario ciego y pertinaz, que le asemejan casi a un hereje, mezcla de grandeza y de miseria, alma enigmática y contradictoria, perteneció a este grupo.

33. TENNESON, o.c., p. 55.

34. La bula «Unigenitus» fue publicada por el papa Clemente XI el 8 de septiembre de 1713, y en ella se condenan en forma global 101 proposiciones de Quesnel como falsas o malosonantes, perniciosas o impías, blasfemas o heréticas.

se presentó a la Comunidad y delante de ella expió sus faltas, reconciliándose con sus hermanas y abandonando definitivamente sus ideas tocadas de jansenismo. La Madre San Anselmo terminó su carrera en este mundo el 20 de febrero de 1731, recibiendo en el otro la recompensa de una vida santamente cumplida, después de haber conseguido por sus trabajos y ardientes plegarias el ver a su comunidad siempre adelante, ofreciendo el ejemplo de devoción y de caridad. Su biógrafo añade que, firmemente asentada en la roca de Cristo, resistió las tempestades jansenistas permaneciendo fiel a la Iglesia.

b.- *Algunas disensiones internas.*

A mediados del siglo XVIII, se produjo un relajamiento de costumbres dentro del personal laico. Los médicos no asistían puntuales a las visitas de los enfermos, o las reducían a la mínima expresión. Las medicinas se repartían mal. Se llegó a nombrar un boticario residente, con plenos derechos a la inspección y con autoridad absoluta sobre la farmacia. Por su parte, estaba sometido a la jurisdicción directa del Administrador General de la casa. La inspección de las distintas salas correría a cargo, desde el 1752, de un antiguo oficial, ya jubilado.

Aparte de esto, fue provocado un grave desorden a la hora de admitir entre los pensionistas a los prisioneros enfermos, llamados «enfermos de fuerza». A pesar de las protestas de los administradores, el Ministro de la Guerra, D'Argenson, mantuvo por algún tiempo aquella situación muy delicada y que llevó a sediciones serias, hasta provocar un incendio. Descubierta el complot, seis de los conjurados consiguieron apoderarse de una de las barcas que tenía el Hotel-Dieu para su servicio y escapar a lo largo del Sena, hasta que, finalmente, fueron presos. Un muerto y varios heridos fue el triste balance a que condujo la imprudencia de las autoridades responsables.

Varios años más tarde, el 4 de marzo de 1774, un grupo de mujeres, por no ser menos que los hombres, dieron también su pequeño escándalo. Treinta y una de ellas debían ser trasladadas al hospicio de locos, pero se negaron a salir del Hotel-Dieu. Cuando los soldados subieron a la sala donde se encontraban refugiadas —la de Santa Martina— con el intento de someterlas y hacerlas subir a los carruajes que esperaban a la entrada del hospital, fueron recibidos a golpes de bastones y pedradas, no hablando otro lenguaje que el de los palos y los insultos. Se llamó rápidamente a las escuadras de ronda, pero la Administración, en lugar de emplear medidas fuertes contra las revoltosas, dijo que la dulzura y persuasión serían sin duda más eficaces. Finalmente, entraron las religiosas, ellas solas, en la sala y calmaron los ánimos.

c.- *Terrible incendio en el Hotel-Dieu.*

Otro de los desastres, aparte la peste de 1734, en que murieron un buen

grupo de religiosas ³⁵, fue, o mejor, fueron los terribles incendios que tuvieron lugar en el Hotel-Dieu a lo largo del siglo XVIII. El primero se desencadenó en la noche del 2 de agosto de 1737. El fuego, que comenzó en la ropería, se propagó violentamente por todo el edificio. Otro de estos voraces incendios ocurrió en la noche del miércoles, 30 de diciembre de 1772, y en el primer año de reinado de Luis XV ³⁷. Además de esto, surgieron dificultades internas el día en que impuso el reglamento para el servicio de las salas y régimen de los enfermos el doctor Pierre Desault, primer cirujano del centro, sin consultar previamente a las Hermanas.

d. *La Revolución.*

El Hotel-Dieu no tardó mucho en sufrir las consecuencias de la revolución. Desde el día 26 de agosto de 1789, La Fayette, general en jefe de la Guardia Nacional, hizo colocar dos cañones delante de la fachada ³⁷ por considerar al edificio sólido, y que había excitado siempre la codicia del distrito de Notre-Dame. De nada sirvió el que los administradores protestaran contra el alcalde de París. La llamada «Ley Treilhard», del 13 de febrero de 1790 ordenaba la supresión de todas las Ordenes Religiosas. Con todo, el artículo 2 declaraba que no se haría ningún cambio en los establecimientos de caridad. Sin embargo, a las Agustinas se les prohibió recibir nuevos sujetos en la Corporación y se les obligó a ejecutar nuevas elecciones, a pesar de las protestas de la Priora, entonces la Madre San Ely. Tampoco pudieron evitar el pillaje en los archivos del Capítulo y en los tesoros de la sacristía.

Más tarde, un decreto obligaba a los eclesiásticos a jurar la «Constitución Civil del Clero» ³⁸, calificada por muchos de impía, herética y cismática ³⁹.

35. Los cronistas la llaman la «Peste de San Luis».

36. Según lo estudiado y consultado, no coincide exactamente la fecha que se deduce del texto sobre la subida al trono de Luis XV. Evidentemente, tiene que haber un error de imprenta, ya que el Rey Sol, Luis XIV, reinó de 1643 a 1715. Su sucesor en el trono de Francia, Luis XV, «el muy amado», hijo del duque de Borgoña, segundo Delfin, y de María Adelaida de Saboya, comenzó a reinar este mismo año de 1715, hasta 1774. Subió al trono a los cinco años y medio. Su reinado vióse alterado por las guerras y las cuestiones religiosas. La debilidad del rey, que se dejaba gobernar por sus favoritas, como la célebre «Pompadour», su egoísmo, la desastrosa guerra de los Siete Años, que despojó a Francia de sus colonias, y la corrupción de la corte, fueron las verdaderas causas de la Revolución. En su tiempo florecieron Voltaire, Diderot, Rousseau, Montesquieu y todos los enciclopedistas del siglo XVIII.

37. En realidad, los cañones fueron colocados delante del edificio de los Archivos del Hospital, sólida pieza, de cuatro plantas, invulnerable al fuego y que había excitado de siempre la codicia del distrito en que estaba emplazado.

38. La «Constitución Civil del Clero» consistió, en síntesis, en una especie de reforma administrativa dentro de la Iglesia francesa, y que comprendía la distribución geográfica de las circunscripciones eclesiásticas, los nombramientos religiosos y la dotación del clero. Todo ello hecho a espaldas de Roma, lo que equivalía a ser una Constitución Civil del Clero semicismática, y así lo consideró, aunque tardamente, la Santa Sede y el papa Pío VI, que la condenó por bula del 10 de marzo de 1791.

39. GRENTE, J., *Les martyrs de Septembre 1792*, p. 15-16. Este autor menciona expresa-

Las religiosas, por seguir siendo fieles a su vocación de hospitalarias, en el edificio que ahora llamarán «Gran Hospicio de la Humanidad», tuvieron que sufrir numerosos sacrificios durante trece años. Se les permitía salir fuera de casa y pasar la tarde en la mansión de honestos doctores, mas cuando llegaba la hora del baile, estas mundanas de ocasión se contentaban con pasear del brazo de su caballero de turno. Este «camuflaje» no les libró de pesquisas y siguientes calumnias, hasta comparecer ante el Tribunal revolucionario la Madre San Ely. En otra ocasión, uno de los principales oradores del club de los jacobinos les acusó de haber escondido a un sacerdote refractario a la Constitución Civil del Clero, siendo tildadas de traidoras.

Aquello, de verdad, fue «el Terror»... Y cuando la «Commune» de junio de 1793, todavía lo pasaron peor aquellas religiosas que ahora eran apellidadas «ciudadanas»⁴⁰.

5. *El Instituto durante el siglo XIX*

Párrafo único.-

Durante el primer imperio de Napoleón Bonaparte, el Hotel-Dieu, como consecuencia de la Revolución, se encontraba en una situación calamitosa: sin novicias, sin elecciones. La caridad de las Hermanas que quedaban era algo así como un fuego escondido bajo la ceniza, esperando la ocasión de brillar y fulgir en una bella llama. En 1801 quedaban solamente veinticuatro religiosas, a las que luego se unieron ya diez novicias, y algunas otras en el hospital de San Luis. Justamente este mismo año se derrumbó la sala de niños. En medio de los escombros se oía una tenue llamada. Eran los pequeños infantes que pedían auxilio a su modo. Se contaron los muertos y los heridos. Faltaban dos criaturas. Después de una laboriosa búsqueda entre los escombros, se las en-

mente los nombres de Claude Collin y de Jean Joseph de Laveze-Belay, de quienes están tomadas las expresiones del texto.

40. En los Archivos de la Comunidad abundan los documentos de citaciones de la «Commune» a la «Ciudadana Superiora» para que explicara conductas de religiosas, régimen de vida, modos de llevar el hospital, etc. En cuanto a los documentos existentes en los Archivos de la Comunidad, debemos citar los siguientes: *Histoire des Religieuses Augustines Hospitalieres de l'Hotel-Dieu de Paris, du VII au XX siècle*. 1919-1920, 5 vol. folicopiados. *Notes et souvenirs de l'Ordre des Augustines de l'Hotel-Dieu*, manuscrito. *Noticias sur les Mères et Soeures decedés*, manuscrito. *Livre de Vie active*, par Messire Jehan Henry, proviseur de l'Ostel-Dieu, consejero del rey; manuscrito de 1482. *Vie de la Mère de la Misericorde*, 3 vol. manuscritos. *Vie de Mère Agnes de Saint-Landry*, 1 vol. manuscrito. *Rituel de l'Hotel-Dieu de Paris, 1527-1532*, par E. Coyecque. *Ceremonial pour les vestures et professions des religieuses de l'Hotel-Dieu de Paris*. Paris, Deys Langlois 1640; en el Archivo también de la Comunidad. *Ceremonial pour l'Administration du saint viatique*. Paris, Ballard 1675. Archivo de la Comunidad. Y finalmente, asimismo en los Archivos, están una *Collection de documents, pour servir a l'Histoire des hopitaux*, publicados por Briele, en la Imprenta Nacional, 1881; y *Avis aux religieuses de l'Hotel-Dieu par leurs Superieures*. Paris, Ballard 1676.

contraron dentro de sus cunas que estaban volteadas y como haciendo de techo seguro. Dormían plácidamente.

Después del Concordato ⁴¹, las Agustinas Hospitalarias tuvieron que deplorar la pérdida de su capilla secular y de la antigua fachada de 1534, sacrificadas al ensanche del atrio de «Notre-Dame». Pero tuvieron la satisfacción de ver rehecha su entrada con una portada de estilo clásico, debida al genial arquitecto Clavareau.

Por estos mismos días, una explosión de inmenso gozo atravesó el cielo entero del hospital. Fue aquel 4 de diciembre de 1802 en que el emperador Napoleón visitó el Hotel-Dieu, y sobre todo, la visita que hizo al mismo centro, días más tarde, el papa Pío VII. Este santo Pontífice, prisionero por otra parte del todopoderoso Bonaparte, otorgó al centro, a perpetuidad, para el día de la Epifanía, indulgencia plenaria y adoración al Santísimo Sacramento.

Con la restauración de la monarquía, y con la venida de Luis XVIII ⁴², el Hotel-Dieu recobró sus antiguos estatutos. Como acontecimiento a destacar de este momento, tenemos la muerte ejemplar y santa de la Madre San Rafael, acaecida el 18 de noviembre de 1812. Esta mujer, elegida priora en 1805, intentó ensayar la reforma, principalmente en lo que se refería a la disciplina religiosa, dentro de una necesaria libertad. La noticia impresiona: En 1816 sesenta y dos hermanas murieron en la tarea del servicio y entrega a los enfermos. Y es que se las había confiado en estos días hasta cuatro hospitales ⁴³. Para dicha de todas y para suplir a las que se iban al cielo, se restableció, en 1817, el Noviciado «que venía a ser como la esperanza y la vida continuada»

41. Efectivamente, el año 1801 se celebró el Concordato entre la Santa Sede y Napoleón. La figura más representativa por parte de la Iglesia fue, sin duda, el cardenal Consalvi, hábil diplomático, y sobre él recayó la parte mayor y más pesada del delicado problema sobre la situación del clero francés. Aparte fallos, este Concordato fue un «record» de generosidad y valentía por parte del papa Pío VII y una demostración clara de la inteligencia, habilidad política y suma paciencia del citado Secretario de Estado del Sumo Pontífice. Como frutos inmediatos estaban: la paz, la unidad, el restablecimiento del culto católico y de la vida cristiana en toda Francia; la apertura de las iglesias y la vuelta de las sotanas a la calle. Se abrieron de nuevo los seminarios, que fueron confiados a los paúles, y reaparecieron las Hijas de la Caridad. Chateaubriand, con su «Genio del cristianismo», despertaba las conciencias dormidas, suscitando simpatías por la religión católica.

42. La monarquía fue restablecida en Francia a la caída del «Corso» en 1814. Luis XVIII era hijo del delfín Luis y de María de Sajonia; nieto de Luis XV. Ya en 1793, después de la ejecución del rey Luis XVI, asumió la regencia a nombre de su sobrino Luis XVII y, tras la muerte de éste, trasladó su corte a Verona. Proclamado rey de Francia después de la caída napoléonica, publicó la declaración de Saint-Ouen y otorgó la Carta Constitucional en 1814. Cuando Napoleón regresó de la isla de Elba, Luis huyó y se refugió en Gante durante el período de «Los cien días». Después de Waterloo, los aliados lo restablecieron en el trono de Francia, obligándole a aceptar las humillantes condiciones del segundo tratado de París.

43. Los documentos de los Archivos constatan que en estos primeros años del siglo XIX las Agustinas Hospitalarias del Hotel-Dieu atendían nada menos que a cuatro hospitales: los conocidos de San Luis y del mismo Hotel-Dieu, y los encomendados posteriormente a su cuidado: el de la Caridad y el de la Piedad.

del Instituto. La duquesa de Berry y el gran Duque ⁴⁴ hicieron un gran donativo al hospital. Y Carlos X restauró la tradición de sus antecesores de hacer una visita anual al centro, prolongándose la suya por espacio de cuatro horas.

Pero he aquí que la revolución de 1830 sometió nuevamente al Hotel-Dieu a una dura prueba. Comenzaron a llegar heridos de todas partes; y comenzó a correr el bulo de que las Hermanas, en lugar de curar a estos heridos, los envenenaban con medicinas nefastas para la enfermedad que tenían. ¡Infame calumnia!... El motín surgió a la puerta. Pero los amotinados tuvieron que retirarse confusos y avergonzados cuando pudieron comprobar que todo era una calumnia vil. Muchos de ellos se marchaban dando gracias a las religiosas por el cuidado que dispensaban a sus correligionarios enfermos o heridos.

Para acabar con aquel infundio, el propio rey Luis Felipe vino, unos días más tarde, a visitar el centro y agradecer a las agustinas sus sacrificios y su paciencia ejemplar en aquellas horas difíciles para Francia.

Bien pronto el cólera hizo su aparición en París. En 1832, los hospitales regentados por las hospitalarias de San Agustín fueron invadidos, y diez de las Hermanas sucumbieron víctimas de la epidemia. En esta ocasión, el caritativo arzobispo de París, Mgr. de Quèlen, que durante la revolución de 1830 había sido arrojado violentamente de su palacio, vino al Hotel-Dieu. Y es en el curso de una de sus visitas cuando ocurrió la anécdota que cuenta su biógrafo: «Llegado al lecho de uno de los enfermos, agonizante, el piadoso arzobispo levantó la mano para bendecirlo. Entonces el enfermo, volviéndose con un gesto de ira hacia su prelado, le gritó con una fuerte voz: ¡Retiraos de mí, pues soy uno de los asaltaron el palacio arzobispal!». A estas palabras, la frente del venerable irradió una ternura piadosa y de un inefable perdón. Y continuando sobre la cabeza del moribundo su bendición dijo: «Hermano mío, es una razón más para mí de reconciliarme contigo, y para que tú te reconcilies con Dios ⁴⁵.

De nuevo las tensiones y las luchas interiores. De nuevo el espíritu de división que entró en el gran hospital. Fue en el año 1835 cuando la Priora y Maestra de Novicias se marcharon de Hotel-Dieu, sin permiso del arzobispo, para fundar, con cinco religiosas más, y trece novicias, un nuevo hospital en Bélgica. La prueba fue dura esta vez. Pero Dios veló siempre por sus Agustinas. ¡Cuántas veces lo hemos podido comprobar a lo largo de esta historia!

Esta vez la solución estaría en la venerable M. San Juan, que se hizo cargo del noviciado y, llena del espíritu de Dios, supo atraer numerosas vocaciones, educar y formar los espíritus y dar a su comunidad una bella falange de hospitalarias, que fueron ocupando los cargos vacantes por la marcha de las anteriores hermanas. Priora más tarde, y por muchos años, su amor a Dios

44. El gran Duque de Berry fue asesinado el día 13 de febrero de 1820.

45. HENRION, Vie de Mgr. Quelen. Cit. por TENNESON, o.c., p. 84.

y su celo por las almas hicieron que fuera apellidada por sus hijas «la santa Teresa de las Agustinas del Hotel-Dieu».

Por estos mismos días, la Comunidad pasó a depender de la jurisdicción espiritual de un solo superior eclesiástico, nombrado por el arzobispo, dejando de pertenecer al Capítulo de Notre-Dame.

En el segundo imperio de Luis Napoleón Bonaparte ⁴⁶, la primera visita de este romántico y generoso príncipe no se hizo esperar en el Hotel-Dieu, entregando la suma de diez mil francos, cuya mitad fue distribuida entre los pobres. Durante este período de paz y de progreso, si descontamos las repetidas epidemias de cólera ⁴⁷, el Hotel-Dieu gozó de unos días de tranquilidad como no se conocía en muchos años. El buen nombre del hospital llegó, como en sus mejores días pasados, hasta las lejanas tierras de Rusia. En 1857, la gran Duquesa Helena pedía informes de este centro para fundar sobre el modelo de París una comunidad de Hospitalarias. Un caso análogo se registraba en Inglaterra. Durante las trágicas horas del cólera de 1865, mientras la emperatriz Eugenia de Montijo visitaba Lariboisiere, el emperador descendía de su coche, de incógnito, acompañado de un soberbio perro, y se dirigió al Hotel-Dieu.

Siguieron los años de la guerra de 1870 y de la siguiente «Commune». Francia, engañada por la astucia del canciller Bismarck, declaraba la guerra a Alemania ⁴⁸, muy neciamente, ya que el motivo era baladí y su ejército no estaba preparado para hacer frente al del Canciller de Hierro. Aquello fue la debacle cuando París se vio sitiada. Los obuses llegaban al hospital causando enormes daños. Los hospitales de San Luis y de Lariboisiere, muy perjudicados, tuvieron la gran providencia de que ninguno de sus enfermos, ni hermana alguna perecieran, a pesar de que algunos de los proyectiles penetraron en el interior de los edificios.

Todo el mundo suspiraba por la paz. El 18 de marzo de 1871 dos salvas de artillería comunicaron que la «Commune» había sido proclamada en el «Hotel de Ville» ⁴⁹.

46. Napoleón III fue proclamado emperador de Francia el día 2 de diciembre de 1852.

47. Se repitieron las epidemias del cólera en 1854 y 1865.

48. Es famoso el telegrama que envió Bismarck al emperador de Francia, tergiversando el sentido que le había dado el emperador Guillermo I de Prusia, y por el que los tribunos franceses y el propio Napoleón III declaraban la guerra a Prusia. Esto es, justamente, lo que pretendía el canciller de Hierro, con su histórico «telegrama de Ems».

49. Sabido es que en francés el «Hotel-de-Ville» equivale a nuestra Casa Consistorial, o Ayuntamiento.

6. *El Instituto en el siglo XX*

Párrafo único.

Y en nuestro caminar por la pequeña historia del Hotel-Dieu, que es la historia de Francia y la vida de las Hermanas Hospitalarias Agustinas de París, llegamos al siglo XX. Asistimos ahora a páginas dolorosas de la misma. Durante la Revolución de 1789, cuando «el Terror», y de la Commune de 1871, las Hermanas habían permanecido, al menos, en el hospital; en su casa. Pero en estos días, serán arrojadas de la misma en varias ocasiones por las llamadas «leyes laicas»; lo que dio lugar a admirables testimonios. Como el de M. Margarita, que salió al encuentro de Clemenceau cuando era presidente del Consejo —1907— para suplicarle, por el santo nombre de su madre, que no permitiera fuera disuelta la Comunidad.

El 3 de enero de 1908, en virtud de un decreto del 23 de noviembre anteriormente pasado, el hospital de San Luis perdía a sus religiosas. Temperatura glacial en la calle, y frío, mucho frío en los corazones de aquellos gobernantes. Recuerdos queridos de la vida familiar, tradicional, entre las hermanas; el personal laico con el que habían trabajado; los enfermos que las querían de verdad porque eran un poco «madres» de todos ellos..., todo quedaba allí, atrás...; para que las religiosas se acogieran a la palabra consoladora del Señor: «Venid a mí cuantos estéis agobiados, que yo os aliviaré»⁵⁰.

Doce días más tarde tocaba, el turno a las bondadosas enfermeras y religiosas del Hotel-Dieu. París, toda la ciudad, enterada de la noticia, se manifestó en la calle el día 15 de aquel mismo mes, condenando aquel decreto del gobierno como una expulsión brutal en nombre de la ley.

Más adelante, la Casa-Madre será trasladada al hospital de Ntra. Sra. del Buen Socorro. Merece mención especial, en este capítulo, el cardenal Ricard, arzobispo de París, verdadero protector y padre de las Agustinas expulsadas, junto a su Coadjutor, Mgr. Amette.

Hoy, las Agustinas Hospitalarias del Hotel-Dieu han vuelto a gozar de excelente salud; han recobrado sus puestos de trabajo; ofrecen un testimonio vivo de entrega y sacrificio en pro de los enfermos a la capital francesa; y la Comunidad como tal lleva una vida religiosa y agustiniana conforme a unas Constituciones, que datan del 1931, pero que han sido cambiadas en algunos de sus artículos en la medida que se ha creído oportuno con el correr de nuestros días. Estas Constituciones vinieron a sustituir a las más antiguas de 1652 y de 1725 y fueron ampliamente modificadas el año de 1952.

Además de un «Directorio», obra de la M. San José, las Agustinas del Hotel-Dieu se rigen por un «Consuetudinario»⁵¹, que data del 1924, y que fue debido a la iniciativa de la M. del Santo Nombre de Jesús.

50. Mat. XI,28.

51. Es la traducción que damos al original francés «Coutumier».

Las distintas Constituciones y Estatutos que se conservan en el Archivo de la Casa-Madre, desde los lejanos de 1217, hasta llegar a las últimas disposiciones, nos hablan claramente de un espíritu de fe y de caridad como norma esencial del Instituto. Es un espíritu heredado de San Francisco de Sales, el cual había tomado del gran místico Ruysbroeck la célebre frase «quittez Dieu pour Dieu», y que se ha hecho tradicional entre las Agustinas⁵², las cuales gustan de comentar la frase dentro de su contexto y refiriéndolo al trabajo entre los enfermos.

Espíritu de fe, de humildad y de caridad. Dios, que se deja ver en los enfermos. En cuanto a la formación de una religiosa hospitalaria del Hotel-Dieu, es básica la preparación sobre un plan sobrenatural, que debe sustentar el otro natural, orientado hacia el valor técnico de la enfermera. De tal manera, que las inquietudes profesionales no desviarán nunca los ojos del alma en la idea de que Cristo es el que la ha escogido por esposa. Con ello tenemos una religiosa y una enfermera perfectas dentro de las limitaciones humanas.

52. «Quittez Dieu por Dieu». Famosa expresión de San Francisco de Sales, que equivale a nuestro «dejar a Dios por Dios», y que, según el texto, parece que la toma del místico Ruysbroeck, pero que, según otras versiones y por lo que nos hemos podido enterar, es de San Francisco Javier, el cual encontrándose un día en oración, oyó que tocaban la campana para otra obligación de comunidad y que le dijo al Señor: «Perdona, Señor, pero te tengo que dejar». Y el Señor le constestó: «Bien haces, Francisco, pero porque me dejas por mí; que de otro modo, te dejaría yo a ti».